MONTEVIDEO, MARZO 31 DE 1957

EL DIA

AÑO XXVI. — Nº 1263.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



Dr. BALTASAR BRUM

(Fotografía Juan Caruso)

Hoy se cumple un nuevo aniversario de la inmolación de este ilustre ciudadano, que dedicó su vida al servicio de la democracia, y su acción a la conquista de la forma de gobierno y de las libertades públicas que nos enorgullecen, sacrificándolas ante la dictadura para que su nombre sirviera de bandera y estrella en la lucha de recuperación.



Dr. Andrés Eloy Blanco, ante el monumento a Lincoln, cuando era Ministro de RR. EE. de Venezuela, con el entonces Presidente Rómulo Gallegos.

HEROES Y VICTIMAS

OTROS escritores americanos murieron tempranamente porque el destino los escogió para la empresa heroica o los hizo víctimas de circunstancias fatales. De todo ofrece la literatura.

Un negro apuñaleó en Lima, en 1825, al argentino Bernardo de Monteagudo, espíritu apasionado, dúctil, violento, contradictorio, en quien los americanos ven un portavoz del ideal emancipador, agente de San Martín, amigo de Bolívar, y a quien los españoles por fuerza juzgan inamistosamente, porque fue su objetivo combatir la dependencia metropolitana y crear un clima de reacción; y así no es raro que Menéndez y Pelayo le califique como "siniestra figura de terrorista cínico y desmoralizado", en tanto que Ricardo Rojas le llama "el caballero andante de la revolución argentina". Entre ambos juicios hay un océano de por medio, y aquel gran escritor no disimula su despecho hacia los criollos insolentes que osaron independizarse de la tutela peninsular.

También otro argentino, Florencio Varela, el hidalgo exilado que dirigía "El Comercio del Plata", prototipo cumplido de varón refinado y exponente aristocrático de la cultura de su época, fue abatido alevosamente por un puñal mercenario en una calle montevideana, corriendo el año 1848; frustrándose por el asesinato político la vida de aquel poeta gentilhombre de ecuánime y armonioso magisterio.

Es el mismo caso del colombiano Julio Arboleda, muerto en 1861. Altisonante y tierno, enamorado y combativo, bifurca su numen, fiel al canon romántico, entre el verso polémico y el amatorio; pero su gran reputación débese al "Gonzalo de Oyón" que, como se ha señalado, es "el más notable ensayo americano en la narración épica".

En 1909 cae asesinado en Río de Janeiro, el brasileño famoso, autor de "Os sertoes", Euclides da Cunha, poeta combativo y poderoso que exhortó a la dignidad de la conducta nacional y a la conciencia colectiva en un duro momento de crisis política, pagando su prédica con la vida.

En nuestras letras, el uxoricidio tronchó en 1914 la poesía llameante de Delmira Agustini; magnificándose en aureola trágica el verso clarividente de aquella mujer extrañamente genial. Siempre hemos contemplado con escalofrío, la bala deformada que en una vitrina de nuestro Museo Policial, parece inocente y ajena a su repercusión siniestra, que clausuró el vuelo lírico de una de las voces más estremecedoras de la literatura femenina en lengua castellana, vórtice de sombra y de misterio que culminó en el desenlace criminal.

Más cerca de nuestro tiempo, en 1934, sorprendió penosamente a América la muerte de su cantor "autóctono y salvaje", el peruano turbulento, estafador y polígamo, altisonoro, aventurero e indudable poeta: José Santos Chocano fue apuñaleado en un tranvía santiaguino, cumpliéndose sus propios versos: *"que quien tomó la vida por asalto / sólo pudo morir de una estocada"*. Puesto que él, a su vez, había dado muerte, años atrás, a su compatriota, el poeta y periodista Elmore, lo que no se le ha perdonado aún, planteándose un largo pleito que dura todavía en torno de su memoria.

Hubo también poetas revolucionarios, que militaron en cruzadas políticas por las que fueron sacrificados; demostrándonos que no siempre el escritor es un ser visionario incapaz de actuar donde sea necesario el coraje, y que puede muy bien dejar por un momento sus quimeras y sus especulaciones líricas para intervenir en terrenos que suelen creerse ajenos para los huéspedes de las torres de marfil.

Así en Arequipa, el peruano Mariano Melgar, pre-romántico, fusilado por los realistas en 1814, y que dejó numerosos "yaravíes" dulcemente sentimentales.

Así en México, Juan Díaz Covarrubias, que fue fusilado por insurrecto en Tacubaya, en 1859, con veintiún años.

Así en Santo Domingo, Manuel Rodríguez Objío, que vivió casi siempre en el exilio, y también fue fusilado, fiel a su ardor de poeta político.

A algunos los engrandeció el martirio, más que la obra que dejaron; no es el caso de "Plácido", cuyo mérito literario está aparte de su actividad revolucionaria y su fin heroico. Este mulato cubano, cuyo verdadero nombre era Gabriel de la Concepción Valdés, era hijo de padre peluquero y madre bailarina, resultando, curiosamente, este conspirador y poeta primoroso, rebelde al yugo español, por lo cual le fusilaron en 1844, recibiendo la muerte con gallardía. Dejó poesías estimables, de las que son ejemplo estos tercetos: *"Amor no quiero como tú me amas, / Sorda a los ayes, insensible al ruego: / Quiero de mirtos adornar con ramas / Un corazón que me idolatre ciego, / Quiero besar a una deidad de llamas, / Quiero abrazar a una mujer de fuego"*. Y, en verdad, ni el tono pasional de sus versos ni su vida de rebelde, concuerdan muy bien con su sobrenombre de "Plácido".

También cubano, conspirador contra España y fusilado, fue Juan Clemente Zenea, poeta melancólico popularizado por el azucarado seudónimo de "Adolfo de la Azucena", y del que quedaron algunos poemas bien logrados, como su romance "Fidelia", y como estas estrofas lamartinianas: *"¡Señor! ¡Señor! el pájaro perdido / Puede hallar en los bosques el sustento, / En cualquier árbol fabricar su nido / Y a cualquier hora atravesar el viento. / Y el hombre, el dueño que a la tierra envías / Armado para entrar en la contienda, / No sabe al despertar todos los días / En qué desierto plantará su tienda"*.

Y cubano fue el mártir de Dos-Ríos, el que ardió hasta consumirse en su pasión libertadora, haciendo de su nombre una consigna de valor heroico para todo el continente. Sería superfluo repetir aquí la trayectoria cívico-política de José Martí, su abnegación patriótica, y su vida y muerte ofrendas por igual a la causa de Cuba. El que soñaba con claustros de mármol donde reposan los héroes, se incorporó a ese friso eterno por el bello heroísmo, la voluntad pura y el combatir sin odios. "Fue tierno para los hombres y fiel a sí propio". "En él fue enteramente digno el ser humano". Martí lo dijo de Emerson, pero a él mismo convienen sus palabras.

En Martí culminan todos estos idealistas rebeldes que pagaron con su sangre la aventura del patriotismo, núcleo de seres nutridos igualmente de libros y de exaltación cívica, en los que alentó el fervor épico, el coraje de la hazaña cumplida hasta el fin, alternando el verso con el fragor de la pólvora o el rechinar de lanzas, y enfrentando con el canto en los labios el pelotón de fusilamiento; arrogancia heredada a medias del arrojo hispano y a medias de la valentía aborigen que tuvo su arquetipo de estoicismo en Guatemoc y de fuerza en Caupolicán.

Otros escritores americanos tuvieron muertes imprevistas.

José Ramón Yépez, venezolano, fue poeta y marino, y tuvo el fin de un auténtico soñador: por contemplar la luna, en el puerto de Maracaibo, cayó al agua, ahogándose, en 1881.

Arrollado en París por un tren —así murió Verhaeren en la estación de Rouen— muere en 1907 el peruano José E. Lora y Lora, sensible y culto, afín al simbolismo; y aunque algunos sostienen que su fin fue accidental, no falta quien, como Luis-Alberto Sánchez en su "Literatura Peruana", presuma que fue premeditado, y aun descubra huellas reveladoras de tal intento en un fino soneto titulado "Piedad".

Su compatriota Abraham Valdelomar también murió accidentalmente, ahogándose en un silo, en el transcurso de una ceremonia que se realizó en la Municipalidad de Ayacucho en 1919. Muerte lamentable, pues se fue con él una figura que promovió rumbos innovadores para la poesía peruana, alerta a los vanguardismos de la post-guerra del 14, y que tuvo su vocero en la revista "Colónida" que aquél dirigía.

En una catástrofe aérea, Cuba pierde en 1940 a uno de sus novelistas más eminentes, Alfonso Hernández-Catá, ensayista enjundioso, dueño de un estilo original e intenso.

Un accidente de auto corta en 1935 los días del brasileño Ronald de Carvalho, autor de "Toda la América", de gran aliento lírico. Publicó "Luz gloriosa" y "Poemas y sonetos" antes de adherir al modernismo. Ambos libros nada representan ante esa poesía de líneas marcadas, tonos claros y abiertos de luz tropical de "Epigramas irónicos y sentimentales" y "Juegos pueriles", como comenta con su autoridad Walter Wey.

Y también un accidente automovilístico, en México, cortó en 1955 la vida del venezolano Andrés Eloy Blanco, escritor y político, en plena madurez creadora; el de los tiernos "angelitos negros", el de la voz viril y conmovida, memoriosa, con la claridad difícil de las cosas que parecen sencillas; el que declaraba: *"Sabed que soy poeta, hijos míos, un hombre / que nombra y que camina, sin camino y sin nombre"*. Es la poesía contenida de quien evoca el camino hecho y tiene acaso el presentimiento de la partida: *"porque es bueno pensar que cualquier día, / quizás muy pronto, sea para el ciprés mi alma..." / "Por eso, en este ocaso, ya es la hora / de entregarte mi lámpara, ya nos llegó el momento / de que tu mano encienda la luz que se me apaga" / "Haz de mi luz un hecho que ilumine tu mano / y de tu mano un hecho de tierra iluminada"*. Y sus versos cobran así, por gravitación de la fatalidad, una resonancia testamentaria.

En suma, vida y muerte se agazapan en cualquier recodo y a cada hombre reservan su sorpresa. En el caso de los escritores aludidos, se amplía su impronta dolorosa, porque esos nombres se enaltecieron en el empeño intelectual que es, salvo rara excepción, la más bella actitud, la de la entrega desinteresada.

Pero ello no impide que esta reseña sea un nomenclátor de cadáveres y se vuelva al fin bastante depresiva.

Salgamos ahora a respirar un poco de aire libre, el aire de la calle, el aire de la vida.

Dora Isella **RUSSELL**

(Especial para **EL DIA**).



Monumento a José Martí, en La Habana.

POSADA

EN EL

FARO

EL ómnibus os ha dejado en el sitio más próximo al Cabo, a una legua y media. Después de pasar unos médanos, que están entre el carretero y la playa, debéis continuar por ésta a pie hasta el faro que véis allá, a la distancia, sobre un promontorio de rocas que se perfilan en el mar.

Camináis así bordeando la orilla, que las olas en continuo vaivén festonean con sus ondulaciones de espumas. Os llama la atención, a lo lejos, una masa oscura, férrea, como un enorme tanque de guerra, que está allí mitad en la arena, mitad en el agua, y al cual os vais aproximando.

Cuando estáis cerca véis que es un carguero encallado. Y, como sois curiosos, habéis ascendido a él por la escala de cuerdas que cuelga a un lado, y allá arriba habéis encontrado al guardián y os ha referido el naufragio.

Llegáis a saber así que es una barcaza de desembarco que sirvió a los americanos en Europa. Podéis ver su vientre —que llevaba los tanques— y las compuertas de su proa— por las que aquéllos bajaban. Quedó encallada en Normandía, y fue puesta a la venta. La compró un comerciante argentino para el transporte de maderas del Brasil. Ya había hecho varios viajes. Generalmente, con una balsa a remolque para mayor carga. Hasta que un temporal la arrojó a la costa, en la Punta de las Calaveras. Se intentó zafarla, pero volvió a encallar en la playa próxima, donde ahora está retenida por la arena. Y ha ido perdiendo sus útiles: los botes, los faros, las barandas; y pronto quedará reducida a su casco.

El guardián, que está solo a bordo, tiene deseos de conversar. Cuando le dejamos, ya está anocheciendo y debemos apresurarnos para llegar con luz al faro.

Sale a vuestro encuentro un perro ovejero que, sin conoceros, os hace fiestas. Llega con alegría hasta vos, refriega su lomo en vuestras piernas, y su cola se mueve con regocijo. El perro no os ha ladrado. Le habláis y, a vuestra voz, se abre una puerta y sois invitado a entrar.

Y dando las buenas noches pasáis a una cocina comedor donde un hombre encorvado vigila una olla en el fuego. Otro hombre, junto a una mesa de madera, corta tajadas de pan. Don Andrés, el farero, es aquél. Don Valentín, su segundo, es éste.

No os preguntan de dónde venís, ni las novedades que traéis del pueblo, ni si portáis periódicos. Apenas, si os preguntan si habéis encontrado el campo muy seco, si creéis que lloverá pronto, y luego os piden que os sentéis a la mesa.

Cuando se trae la olla donde humea la sopa, el viajero que es cronista comienza a preguntar. Sabe así que el farero lleva cuarenta años de trabajo. Que pasa años sin ir al pueblo. Cuando va, se aburre, y vuelve al faro. En verano, suele venir la familia. Su hijo, que está en el liceo. El invierno lo pasa en compañía de su perro, que ahora está a sus pies.

—Es un animal raro. No ladra a los que llegan. Más bien, va a su encuentro moviendo la cola.

El segundo farero dice que durante el invierno pasan semanas enteras sin que nadie llegue.

Don Andrés habla poco. Tiene largos silencios. Muy serio y concentrado. Hace largas pausas, mientras nos dice que no saldrá de este Cabo. Siente que su corazón le golpea cada vez más al subir a la torre a prender y apagar la gran linterna. Deberá jubilarse. Pero va haciendo, despacio, un rancho de adobe, allí cerca, para cuando deje su puesto.

La sopa termina. Y es entonces cuando don Valentín a quien le gusta conversar, nos cuenta la historia de las dos palomas blancas de la Isla Encantada.

Una de las islas de arrecifes que están frente al cabo se llama La Encantada. En ella hay un casal de palomas. Dos palomas blancas que llegaron hace cerca de un siglo. Don Valentín se lo oyó decir a su padre, y éste se lo oyó al abuelo. Las veremos mañana, cuando aclare. Y esas palomas hacen milagros.

—Hace unos años, estuve muy enfermo de la garganta. Me apretaba cada vez más y tenía las fiebres. Ya había decidido ir al pueblo. Estaba sobre unas rocas cuando pasaron las palomas, y una de ellas casi me rozó la garganta. Me curé. Y ahora no sé lo que es un dolor. Otra vez, esperábamos una carta...



DIBUJO DE SIFREDI

Fuera ruge el mar. Debe haberse levantado niebla porque don Andrés, pidiendo permiso con muchas finuras, nos abandona un instante, y luego escuchamos sonar la sirena del faro. Periódicamente ulula una larga nota grave. Os sirven más vino, y cuando os interesáis por los naufragios, don Valentín cuenta:

—El último fue el año pasado. El barco que usted habrá visto en la playa. Ya anocheciendo vimos llegar, buscando refugio en la ensenada, una barcaza de carga con una balsa a remolque. Son las que llevan madera del Brasil a Buenos Aires. Venía luchando con el temporal. Se desprendió la balsa y se perdió. Vimos desde la costa cómo la buscaba con sus faros. Siguió en su busca para el norte, y a la otra madrugada volvió. La balsa con cuatro hombres fue a encallar en Río Grande, después supimos. El temporal seguía. Desde el faro, don Andrés y yo seguíamos las maniobras. La barcaza era llevada y traída por el temporal. Finalmente, vino a encallar en las rocas de la Punta del Diablo. Yo le había oído a mi padre que mi abuelo con el lazo había hecho salvatajes. Me acerqué a caballo todo lo que pude. Tiré el lazo y enlacé un farol. Y por el lazo se fueron viniendo los seis hombres que estaban a bordo.

Y luego el naufragio del "Santa Elena" que está del otro lado en la playa de Aguas Dulces. Y el "Traverso", del que mañana os mostrarán lo que queda de sus calderas.

Afuera, la sirena sigue sonando. Un resplandor pasa y vuelve a pasar por la ventana de la pieza donde váis a dormir. Habéis comido bien, y quizás bebido un poco de más. Os dormís en seguida. Y soñáis con un perro amigo que os hace fiestas, dos palomas encantadas y, tirando el lazo desde la costa a unos náufragos, don Valentín.

Isidro *MAS DE AYALA*.

(Especial para EL DIA).

JUSTICIA SOBRE NIEVES JARA

SERIAN más o menos las tres de la mañana cuando entró en la picada. Era el último lance que jugaba. Pasándola, el Brasil le quedaba a una legua. Sin embargo fue muy breve esta esperanza. Al llegar sobre la boca del monte, luego de cruzar el río, oyó un ruido insólito, notó fugazmente el correr de unas sombras, sintió voces y tres disparos. Tironeó y torneó las riendas, de nuevo cruzó la picada y espoleó inútilmente su caballo, hasta sangrarlo; ya había galopado muchas leguas... La noche era impenetrable a los ojos. Costeó el alambrado como unas diez cuadras, se detuvo, afinó el oído. Profundo silencio. Entonces levantó un pique, apretó los hilos metálicos y pasó el doradillo. Montó y cortó campo, guiado por el instinto, rumbo a la estancia de don Bernabé Mundo. Allí llegaría y a él se entregaría. Era el postrer recurso que le quedaba para escapar de una justicia que le pisaba los talones, justicia que culminaría en un cuchillo sangrando su garganta, pues esos tiempos eran semi bárbaros aún.

Don Bernabé era el hombre más bueno del pago, el más justo, su autoridad rebasaba todas las autoridades. El lo acompañaría al pueblo, lo llevaría a la jefatura, lo dejaría allí con la existencia garantida. Iría a las rejas, pero su vida palpitante tendría horizontes todavía.

Iba al paso, orientándose a lo perro. Así siguió orillando la Salamanca Grande. Hasta que se clavó en sus ojos, impreciso y lejano, el temblor de una lucecita. Era la del fogón matero, en el galpón de los peones. Según bajaba o coronaba cuchillas se esfumaba y aparecía de nuevo cada vez más nítida. En eso sintió el ladrar de la perrada desgarrando la paz de los campos. Una levísima claridad —anuncio del sol— le destacó en la negrura la arboleda que ceñía el caserío de la estancia. Siguió hasta que sujetó, rodeado de perros furiosos. Se encuadró en la ancha entrada un hombre que gritó:

—¿Quién va?

Contestó:

—¡Uno que va pasando con el caballo que no da más de aplastao!

—Llegue y apéese.

El mismo hombre llamó a los perros y el que huía se arrimó y echó pie a tierra.

—Güen día. ¿El patrón demorará mucho en levantarse?

—Ya está levantao. Aurita nomás está acá. Desensille, pues, y venga a tomar unos mates.

Desensilló, soltó el caballo y entró al galpón. Junto a una caldera y a un cuarto de costillar de oveja que se iba asando, había hasta cuatro hombres amargueando. Silenciosamente agrandó la rueda el extraño. Sintió en lo hondo la mirada de los otros que, aunque reojeadas, eran punzantes.

—Entonces... ¿de paso?

—Sí señor, pal Brasil.

Siguió el crepitar de la bombilla, el estallar del braserio, algún balido lejano, el rezongo de un perro mordiéndose las pulgas. En eso apareció don Bernabé Mundo.

—Güen día.

Pusiéronse de pie los peones y el forastero.

—¿Qué novedades hay?

—Este... este hombre llegó ricién con el caballo cansao. Lo mandé desensillar.

—Hiciste bien.—Siéntensen. Dame un mate, Nico.

Después que lo hubo sorbido se dirigió directamente al hombre:

—¿Se puede saber quién es usté, qué anda haciendo?

—Mire, don Mundo, yo...

Bruscamente el estanciero se abrazó a él, casi lo aplastó, inmovilizándolo, con sus poderosos brazos. Gritó:

—¡A ver, Perico, pasale un sobeo! ¡Movete!

Saltó el nombrado, descolgó un sobeo y con otro reataron al extraño. Después de hacerlo y luego de quitarle una pistola y un puñal que traía, el caudillo le habló:

—Siéntese ande estaba y óigame.

Todo aquello sucedió en tal brevedad de tiempo, fue tan insospechado, que los peones, de pie y trémulos, y el hombre, sentado y resoplando con fuerza, miraban con ojos agrandados al estanciero. El forastero exclamó entre dientes:

—¡No sé por qué ha hecho esto, don...!

Entonces don Bernabé se puso frente a él. Lo observó profundamente un minuto y después le habló así:

—Porque usté es Nieves Jara.

Peones y hombre reatado tuvieron un estremecimiento. Pasado un momento el forastero respondió, con bronca voz:

—Sí, señor. En la picada me topé con la polecía. Di güelta, llegué a su casa a entregarme a usté, ¡no me deje degollar, don Mundo!

Cayó sobre las sombras del galpón un sosiego dramático. Al cabo de un rato don Bernabé dijo:

—Ya sabía que había dentrao a este pago juyendo. De seguida e'verlo supe quién era, es verdá, sí señor. Usté allá por la Florida una media noche agarró un pulpero solo: lo mató, lo robó y se jue. Más adelante se cruzó con un muchacho en el corredor. Lo mató a traición, le sacó tres pesos y un pelego. Dispués echó abajo la puerta de un rancho, ande esa noche estaban dos mujeres y una gurisita, solas. Las cosió a puñaladas, levantó lo que pudo y siguió su trillo. Pero ya la autoridá lo había olfatiao. Estos días cayó a estos pagos, gambeteando como podía. Hoy dentró a la picada, aplastao el caballo, es verdá, sí señor. ¿Es ansina?

—Ansina mesmo.

—¿Pa' qué llegó a mi casa?

—Usté tiene mentas de muy güeno, don Mundo... y de muy juerte.

—¿Y qué quiere que haga por usté?

—La polecía me trai cerca. Si dan con el rastro dan conmigo. ¡Si me agarran me degüellan, don Mundo!

—Es verdá, sí señor. ¿Y no estaría bien degollao?

El extraño levantó la cabeza, que la tenía humillada, miró deseperadamente al caudillo y exclamó:

—¡Quiero pagar mi delito entre las rejas, don Mundo, pero degollao no! ¡Tengo mi mama allá en Florida!

Mundo lo observó un instante. Luego respondió:

—La deberá tener, es verdá, sí señor. ¿Pero usté cree que el pulpero, el muchacho, las mujeres y la gurisita no tenían mama? No tenga duda, muchos vivientes los habrán llorao y yo entre ellos. Mire: el mundo es muy ancho y muy largo: pero sobre él no hay güeya que no termine, sea la que sea, es verdá, sí señor. Ansina es que...

Bruscamente se levantó el estanciero, transfigurado. Fulguraron sus ojos. Le gritó al otro:

—¡Levantate!

De pie se puso el que huía, como tocado por un imperioso magnetismo y de pie quedó, rígido, saltados los ojos, apretados los labios que sorbían el aire en tenues silbidos. Mundo desenvainó rápidamente el puñal del hombre, después su mano izquierda se cerró en la revuelta y larga melena del matrero. Y el puñal fue hundiéndose en su cuello...

Lo soltó, el otro trazó dos pasos, abrió la boca como para emitir una palabra, la vida le saltó en negros chorros que chillaron sobre el fuego. Dio una vuelta y cayó de espaldas con sordo ruido. La horrenda herida comenzó a dilatarse y en ella, en el último estertor, borbotó la sangre aún.

El primer canto del gallo quebró el helado silencio que se hizo después de aquella escena espantosa. Entonces se levantó serena la voz del caudillo:

—A ver, Pereira y Camilo, vayan a abrir un aujero en la costa del monte. Dispués llevan a ese hombre y lo entierran. Dame otro mate, Nico.

*

Una hora más, ya claro el día, aún en el galpón don Bernabé Mundo, llegó el comisario con dos milicos. Después de un breve saludo la autoridad habló:

—Don Mundo, nos topamos con Jara, en la picada. Lo quemamos pero supo escabullirse. Nosotros...

—Desculpe que lo corte, comisario. Jara llegó hoy de madrugada a mi casa, es verdá, sí señor. No me negó quién era. Hace más o menos una hora yo lo degollé, con ese puñal que ahí está y que era d'él y aura está enterrao en la costa del monte. Si quiere certificarse vamos y lo desenterramos.

Suspenso quedó el comisario, un escalofrío le recorrió el espinazo. En seguida, esforzando la voz, dijo:

—No le dudo, don Mundo...

—Es verdá, sí señor, lo degollé. ¿No era lo que usté iba a hacer, la orden que tráia?

—Aunque no la trujera, ande lo agarrase lo hacía.

—Pues yo lo libré de ese trabajo, comisario, y del mal trago, es verdá, sí señor.

—Ni sabe lo que le agradezco, don Mundo. Pero aura... ¿Cómo viá dar cuenta de eso?

—¿Qué cuenta iba a dar si lo hubiera hecho usté?

—Que se me había resbalao pa' el otro lao y que no lo vide más.

—Pues dé esa mesma cuenta y no faltará, que bien resbalao va está Jara y que usté no lo verá más también.

Y en seguida, un poco ensimismado, como hablando consigo mismo, terminó:

—Algunas justicias y algunas tisanas de yerba amarga hay que volcarlas de golpe, es verdá, sí señor... Dame otro mate, Nico.

José MONEGAL

(Especial para EL DIA)

(Dibujo del autor)



ESCALA EN SANTOS

APUNTES DEL NATURAL DE PIERRE FOSSEY



DEL TEATRO BRASILEÑO:

JUBILEO de GASTON TOJEIRO



Gastón Tojeiro, en fotografía tomada al celebrar su jubileo como autor.

PARA una pléyade de escritores que nutren y respaldan un teatro lozano y prestigioso como el del Brasil, debe de ser motivo de emoción y orgullo que uno de sus miembros llegue a los cincuenta años de actividad incesante en la cumbre del éxito y sin ver disminuída su popularidad. Tan excepcional celebración se ha concretado, va a ser ya tres años, alrededor de Gastón Tojeiro, autor festejado sin solución de continuidad desde principios del siglo y que hoy, ya setentón, puede mirar para atrás con la satisfacción de haber trazado una línea señera en la historia de la literatura escénica de su patria. Esto y el hecho de haber vivido la mayor parte de esa media centuria de su propia pluma, sin ingresos monetarios de ningún otro origen, son demostraciones palmarias de que en Brasil hay una vida teatral de intensa y permanente vivencia, de lo que desgraciadamente no podemos jactarnos en el Uruguay, donde tanto en las esferas oficiales como entre la propia gente de bambalinas creen que se puede crear un teatro propio con todos los elementos vernáculos... menos el autor. Justamente Paulo de Magalhaes, otro gran nombre de la literatura dramática brasileña, ha dicho hace poco, a modo de sentencia admonitoria: "No puede haber teatro nacional, sin pieza nacional". Este es el concepto cardinal, por otra parte, en los círculos teatrales del país de Tiradentes.

Por eso los cincuenta años de vida teatral de Gastón Tojeiro fueron festejados por la farándula como un acontecimiento de su propia historia, simbolizado por una de sus más conspícuas figuras. Piénsese que este autor levantó el telón en 1904, pocos meses después del estreno de "M'hijo el doctor", y nuestra imaginación reproducirá la veneración que sentiríamos por Florencio Sánchez, si viviera, que podría vivir. No se trata, desde luego, de comparaciones.

Para deducir el linaje del teatro de Tojeiro basta recordar las características de la pieza de su debut y que fueron tono invariable de su producción posterior. Por aquel entonces se estaban construyendo las obras del puerto de Río de Janeiro, tema resaltante en los comentarios de la prensa y el público. El hoy glorioso autor sólo tenía veinte años y era viajante de comercio, autodidacta, lector empedernido y vocacionalmente inclinado a las letras. En las obras del puerto encontró Tojeiro el juego de palabras que su ingenio andaba buscando para tejer una ficción de asunto fácil, ameno y grato al común denominador de los espectadores. Se tituló así la comedia, "As obras do Porto", pero no se refería a las que se estaban realizando en las dársenas cariocas, sino a un tal llamado Porto que había venido del interior a la capital para contratar operarios destinados a unas obras que se proponía llevar a cabo en su pequeña ciudad provinciana.

Las aventuras, naturalmente jocosas, del empresario paisano en Río alimentaban la fábula de esta primigenia producción tojeirana. No le faltó a Tojeiro la humillante peregrinación del autor anónimo para llegar a las tablas, máxime cuando en esos tiempos la vida escénica brasileña pasaba por un período de grandes dificultades, y así fue que para alcanzar la soñada meta del estreno, tuvo que aceptar la colaborción de un periodista que gozaba de prestigio en los medios teatrales. Con esta aparcería se reveló al público de su patria el nuevo autor, en el teatro Lucinda, el 27 de abril de 1904. La crítica —¡no podía fallar!— no le fue totalmente favorable. Ni Arthur Azevedo, siempre generoso y ecuánime, se ahorró algunas reticencias en su juicio estampado en "A Noticia", aunque terminó con un elogio de sentido augural: "La espontaneidad es la virtud fundamental de quien escribe para el teatro, y no encontré en los tres actos ninguna reminiscencia de otra comedia nacional o extranjera".

Era un espaldarazo a medias. Pero Gastón Tojeiro, al dar su primer paso en tan difícil terreno, había encontrado una orientación infalible: la que da el público con su aplauso y su entusiasmo. Tuvo así plena conciencia de que había acertado y siguió adelante sin vacilaciones, tan seguro de su destino que pronto abandonó su empleo en el comercio para dedicarse enteramente al teatro, del cual ha vivido más de medio siglo, caso singular en Brasil y que quien sabe si encontraría par en el mundo. Tan extraordinario "record" ha exigido, desde luego, un trabajo ininterrumpido y una fecundidad inagotable. Desde el estreno de "As obras do Porto", Tojeiro ha estrenado más de cien piezas, en su mayoría obras de aliento, en tres o más actos, en las que abordó todos los géneros, desde la comedia hasta la revista, pasando por el drama y el sainete, a través de los cuales se revela como admirable intérprete de la realidad que lo rodea. "El ambiente de la ciudad —anota Modesto de Abreu, glosando el jubileo de Tojeiro— en sus incesantes mutaciones, así como el alma del pueblo carioca, tanto de la clase media como de la población de arrabales y suburbios, con su mentalidad casera, su sicología estrecha y apegada a las pequeñas preocupaciones cotidianas, se encuentran perfectamente fotografiadas en la mayoría de sus piezas, algunas de ellas deliciosas e inolvidables estampas, como "A inquilina de Botafogo", "Onde canta o sabiá" y "Os sonhos de Theodoro", que muchos críticos consideran su obra prima".

Convive espiritualmente con su pueblo, conoce sus reacciones ante las novedades del día y de éstas saca asuntos para sus piezas, extrayendo el lado divertido que presentan aún los acontecimientos de proyección mundial. Así pone en solfa a los comunistas en un festejado sainete titulado "Os alegres bolchevistas", y cuando aparece la penicilina, como se informara que este nuevo elemento curativo surgía de ciertos hongos, pone en escena un personaje aprensivo que, buscando más pronta mejoría a sus males, bebe sin tasa la infusión de una esponja de los campos. Vemos así configurarse una modalidad teatral en la que Tojeiro se anticipó a nuestro Orlando Aldama y otros autores rioplatenses. Tuvo como principal intérprete de sus obras más celebradas a otra gloria del teatro brasileño: el actor Leopoldo Froes.

Con 114 obras representadas, Gastón Tojeiro llega al cabo de su carrera dejando una brillante cadena de títulos que se incorporaron definitivamente a la historia de la literatura teatral de su patria. Tal vez, en su obra, no haya que buscar profundidad, pero no falta jamás un atrayente verismo, una sagaz captación de las vibraciones del alma humana y una comunicativa simpatía realzada, a veces, por un leve y oportuno toque poético.

Ramón I. ALVAREZ
(Especial para EL DIA).

SALGARI COMO SIMBOLO

NO hace mucho que el escritor argentino César Tiempo proponía, tras emocionante e indignada recordación, erigir a Emilio Salgari en símbolo del escritor explotado e indefenso ante la expoliación. No sabemos qué ecos halló posteriormente la propuesta en la Sociedad de Escritores, pero bien vale la pena replantear la iniciativa.

El caso de Salgari tiene características de una vileza sublevante. Redactaba y redactaba sus manuscritos, inmovilizado día y noche en su miserable pieza, tiranizado por la necesidad de concluir para poder cobrar la paupérrima granjería que le permitiera subsistir. Tocado con su gorro turco, único recuerdo salvado de sus correrías por el Cercano Oriente, este desventurado ex-periodista y ex-marino estaba condenado a una esclavitud cien veces más dura que la de Balzac. Algunas veces un alarido cortaba el silencio, y el escritor se levantaba tambaleando de desesperación y fatiga. En la yacija, donde en ocasiones había que amarrarla, su mujer sufría uno de sus accesos de locura.

Así salieron a la vida literaria los episodios postreros de Sandokan y su inseparable Yáñez; el Corsario Negro y Honorata de Wan-Guld; Tremal Naik, Kammamuri y el interminable elenco de filibusteros, pescadores, náufragos, thugs, pieles rojas, beduínos, cazadores de cabezas y aventureros de toda especie que el escritor movió desde las pirámides egipcias o mayas hasta los casquetes polares, en más de cincuenta títulos que todavía se leen en todo el mundo de habla latina.

Y bien: esos manuscritos, que desde principios de siglo enriquecieron a varios editores; que periódicamente actualizan las prensas de Italia, España, Argentina, México, Chile y Brasil, se pagaban a Salgari a razón de 25 o 30 pesos!

El suicidio puso fin a esta agonía en 1911, cuando Salgari aún no había cumplido cincuenta años.

La tragedia tiene sesgo incomprensible porque Salgari, escritor de fácil salida, había logrado las largas satisfacciones del veredicto popular desde los semanarios y suplementos ilustrados, entonces muy en boga. Sin poseer la pulcritud literaria de Julio Verne o Rafael Sabattini, había impuesto personajes de universal circulación infantil... a los cuales no eran por cierto ajenos los adultos. Nunca llegó a dar una estampa arquetípica, como la de ese Long John Silver, el inmortal pata de palo de Stevenson, de quien jamás podrán ya librarse la novela, el cine y la historieta, pero ¿qué adolescente no soñaba con Sandokan, el pirata romántico que toca el clavicémbalo y se extasía con la primera rubia que ve, la cual es justamente sobrina de su más perverso enemigo?

Luego, sabe manejar el suspenso con todas las reglas del arte y jamás estira un argumento. Por eso son muchos los que al día de hoy empezaron a leer por broma en la biblioteca de sus hijos y no pudieron soltar "La cimitarra de Buda" o "El sacerdote de Phtah" hasta concluir la última página. Su capacidad de forjar argumentos bastaría hoy para satisfacer la demanda de diez empresas cinematográficas. No eludió los grandes temas históricos —así el de la revolución americana, que aparece como fondo en los episodios de "Dos abordajes" —ni dejó pasar oportunidad de señalar los horrores del colonialismo en Asia durante el siglo pasado; de condenar las crueldades de negreros y traficantes en las costas de Africa. En esto se diferencia valientemente de Julio Verne, quien siempre enfoca al hombre blanco desde el punto de vista más favorable. Cuando ambos escritores tratan la misma cuestión —por ejemplo, la rebelión de los cipayos— el cotejo de los ángulos buscados es ampliamente propicio a Salgari.

Con todo ese bagaje de valores, Emilio Salgari, indiscutido "bestseller" de su generación, hubo de terminar sus días ofrendando un *harakiri* a la miseria. Si bien las causas deben haber sido de concurrencia compleja, quizás, en última instancia, a Salgari le faltó simplemente ese diosecillo que valida nuestras fuerzas: el punto de apoyo. Un escritor abandonado a sí mismo está perdido. La propia índole solitaria e intransferible de su labor pronto le convierte en la más indefensa de las víctimas: en fácil juguete de los intereses coligados en torno a su labor. Las categorías más individualizadas del trabajo son las más débiles en el plano social; en este sentido, la incompartible e íntima faena del escritor es todo un ejemplo para el legislador. Si los intermediarios le cierran el círculo, jamás podrá romperlo con sus solas fuerzas y habrá de aceptar las condiciones que se le impongan para llegar al público; ese público que aparece tan lejano, tan inaccesible a la endeblez de una pluma abandonada a sí misma. ¿No cuenta el mismísimo Goethe que antes de llegar a las dignidades oficiales, un editor le ofreció pagarle en artículos de loza? ¿No se registraron las mas denigrantes escenas de pobreza entre los escritores ingleses del siglo XVII? ¡Fielding y Burns pidieron limosna hacia el final de sus vidas!



Esta es la recia estampa de Emilio Salgari, en los tiempos juveniles en que era capitán de marina mercante.

Se dirá que los tiempos han cambiado a través de la creciente socialización de todas las actividades intelectuales; que ya ni siquiera las grandes empresas tienen interés en amargar la vida a sus productores; antes bien, como sucede en Estados Unidos, tratan de asegurarse su concurso mediante liberales contratos.

No obstante, puede asegurarse que el escritor que viva de su pluma es, hoy como ayer, la más frágil y vulnerable de las personas sociales y que la falta de un punto de apoyo, oficial o privado, puede precipitarle sin más a las peores angustias, pese a todas las legislaciones y acuerdos internacionales sobre derechos de autor. Esta es la lección que debemos repasar en el caso Salgari, cuya tragedia, obsérvese bien, ni siquiera corresponde a su época; a los tiempos en que labraron fortuna Julio Verne o Arturo Conan Doyle.

Roberto ***FABREGAT CUNEO.***

(Especial para EL DIA).

de interés para la mujer y el hogar

OSTIA Y POR



Roma — Museo Laterán. Estatua colosal del emperador Claudio (41-54 d. C.) representado como Júpiter. El rostro finamente trabajado nos trasmanda el alma pesimista de este emperador.

EL pasado mes de octubre, durante la semana de los museos celebrada en el mundo entero por iniciativa de la UNESCO, se inauguró en Ostia (Provincia de Roma) el Nuevo Museo della Rocca junto a las ruinas de la antigua ciudad que fue puerto y emporio de Roma. El museo se encuentra abrigado en el castillo que en 1483 levantara el Cardenal Julián de la Róvere, futuro Papa Julio II, en la proximidad de la desembocadura del río Tíber.

Este museo comparte con otros (Museo Ostienese, Horrea Epagathiana) la riqueza que ha entregado Ostia y que día a día las excavaciones van enriqueciendo de modo insospechado. Entre las colecciones de estos museos, se encuentran algunas pocas piezas provenientes de Porto que es localidad muy próxima a Ostia y que también fue puerto; por esto muchas veces se confunde una localidad con otra y más comúnmente aún se les cree una sola ciudad.

Ostia, según la leyenda que Virgilio exalta en la Eneida, fue fundada en el lugar donde desembarcara Eneas, el progenitor de la raza latina, para levantar la nueva Ilión; esta fundación debió efectuarse hacia el año 335 a.C. (Roma en ese año acuña su primera moneda la cual lleva representada la proa de una nave), fecha que los estudios arqueológicos han confirmado pues no han revelado las excavaciones, restos anteriores a ese año.

Esta colonia romana ubicada entre la orilla del mar Tirreno y la margen izquierda del Tíber, utilizó la desembocadura del río *(ostium)* como puerto y sirvióse de esa vía de agua para comunicarse con Roma; para el tráfico ágil y rápido entre las dos ciudades se construyó la Via Ostiense. Por la proximidad con la capital, Ostia se convirtió muy pronto en importante centro marítimo y comercial creciendo y enriqueciéndose en la medida en que se ensanchaba y afianzaba el Imperio.

El primer gran acontecimiento que se señala en la historia de Ostia, es el arribo a ese puerto de la flota de Cartago que en el 278 a.C. llegó en auxilio del pueblo romano en lucha contra Pirro. Su nombre lógicamente, está unido a las grandes empresas militares de Roma como, por ejemplo, las guerras en España; pero tal vez más que al aspecto militar del Imperio, su nombre va ligado a la vida comercial del mismo; y tan grande fue en este campo su importancia que en algún momento la estabilidad del gobierno dependió del trigo almacenado en sus depósitos.

Ostia, por su calidad de puerto, contaba entre su población los elementos más vivos y pintorescos del mundo antiguo: griegos, judíos, comerciantes, marineros, industriales, mantenían un incesante tráfico de mercaderías y una febril actividad comercial; todo el movimiento, la vida abigarrada de la ciudad-puerto, lo descubrimos a maravilla en las ruinas que hoy, a varios kilómetros del mar (el aporte del río ha alejado el litoral marítimo) se levantan en medio de una silenciosa llanura donde una íntima paz y el sortilegio de una luz única, subyugan al visitante con una atmósfera de dilatado deleite que se vuelve exaltado sentimiento de asombro cuando el sol, hundiéndose en las aguas del Mediterráneo, despierta las primeras sombras de la noche entre los callados augustos muros de la ciudad muerta.

Ostia sirvió como único puerto de Roma hasta el año 54 de nuestra era. La necesidad de un puerto más amplio y más cómodo llevó a Claudio en el año 42 d.C., a iniciar la excavación de otro nuevo, tres kilómetros más al norte de Ostia sobre el Mediterráneo. Las obras fueron un alarde de técnica marítima y fluvial, pues amén de ser el puerto totalmente artificial —ya que excavado litoral adentro— fue además unido al Tíber por dos canales que regularizando la afluencia del río, libraban a Roma de los peligros de las inundaciones.

Doce años después, en el 54, bajo el reinado de Nerón, se inauguró el nuevo puerto que recibió el nombre de "Portus Augusti". Este acontecimiento fue solemnizado con la emisión de monedas que llevan representada la magna obra comenzada por Claudio. Porto y Ostia fueron, por consiguiente, dos estaciones marítimas diferentes.

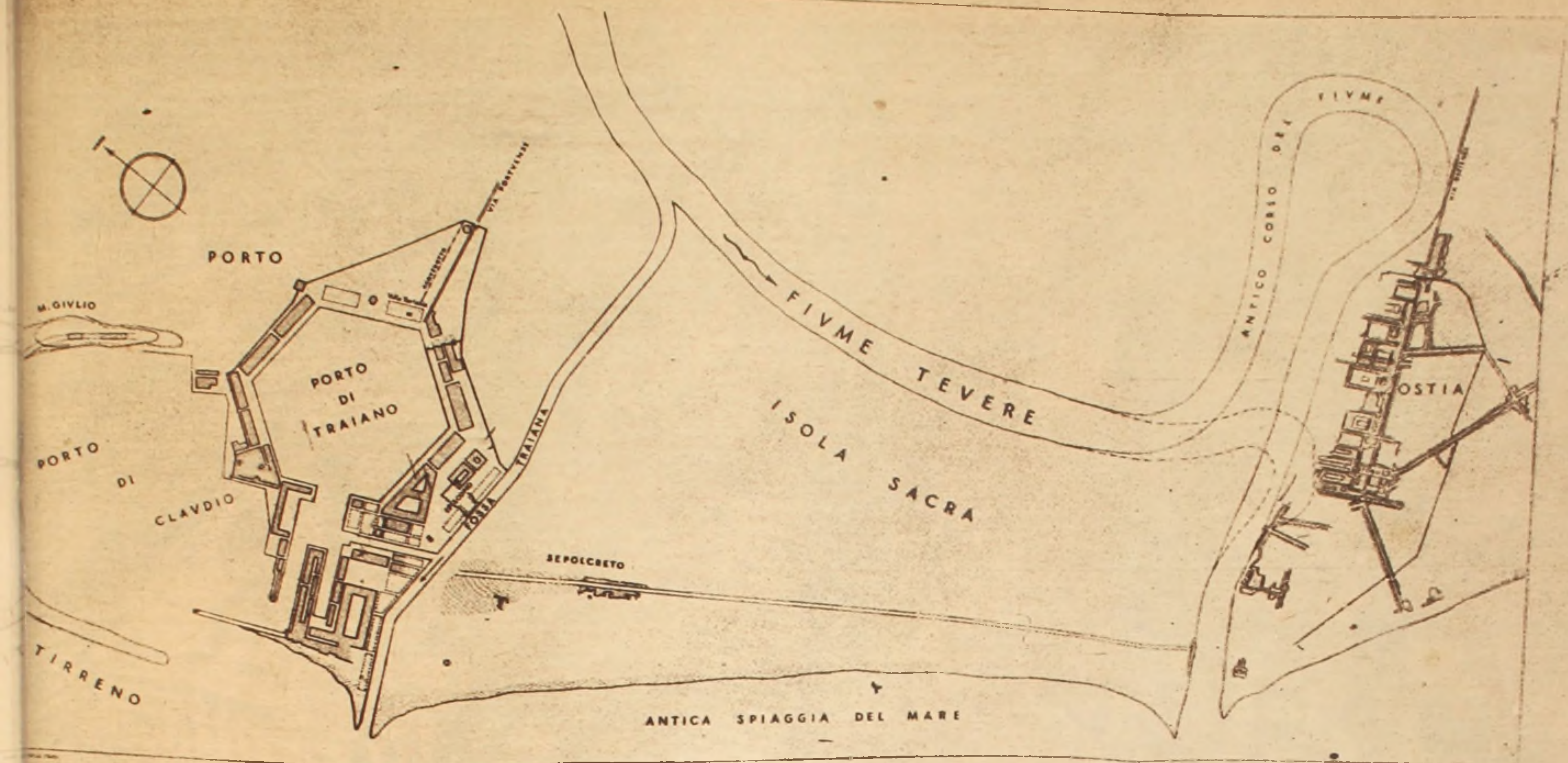
Transcurrido medio siglo, Trajano, en los años que van del 100 al 106, hace ampliar el puerto de Claudio, construyendo contiguo a éste un inmenso estanque exagonal cuyos lados de 650 metros de largo eran los muelles del nuevo puerto; sobre estos muelles se levantaron grandes depósitos para el almacenaje de mercaderías y granos. Se excavó además, en sustitución de los dos canales construídos por Claudio, una vía navegable que sirviendo de reguladora de la corriente del río permitía también un rápido desplazamiento de las mercaderías hacia la capital. Este canal continúa siendo hoy la única vía navegable que une Roma con el mar; se le conoce con el nombre de Fiumicino (de fiume micino = río pequeño) y constituye con el mar Tirreno y el río Tíber, los límites de una isla conocida con el nombre de Isola Sacra. La Via Flavia, construida muy próxima al mar (hoy se encuentra a casi dos kilómetros de la playa, salvaba la distancia entre Ostia y Puerto. A lo largo de esta vía y próximo a Porto, se descubrió hace pocas décadas, un importante cementerio romano; es éste el mejor conservado del mundo antiguo siendo en la actualidad sólo sobrepasado por el cementerio pagano que las excavaciones en el Vaticano han puesto a la luz debajo de la Basílica de San Pedro. Porto contaba



Ostia — Casa de Diana. El nombre le viene de un relieve de terra cota que se encuentra en el patio de la misma casa. En el frente abrían sus puertas varios negocios. Muy interesante, como ejemplo de balcón de casa privada romana, es el balcón volado del segundo piso.



Ostia. —Local de un negocio para la venta
co



Mapa tomado de la obra de Guido Calza "La necrópoli del Porto di Roma nell'Isola Sacra" que permite ubicar los lugares que se mencionan en el presente artículo G. Calza fue el arqueólogo que excavó el cementerio de la Isola Sacra.

US AUGUSTI

...emás con una carretera que lo unía di...tamente con Roma: la Via Portuense.

...Ostia y Porto continuaron su vida sin que ...l fundación de la segunda haya significa...l la decadencia de la primera. Ostia siguió ...ndo ciudad de gran actividad y centro de ...ndes organizaciones mercantiles que con...ían a su continuo crecimiento. Se mul...licaron templos, negocios, casas de habi...ción colectivas de tres y cuatro pisos; sus ...mas y otros edificios públicos se vestían ... gran riqueza de ornamentación hacien...gala de lujo y comodidad. La red cloa... y los acueductos, construídos debajo ... pavimento de las calles, son obras de ...fecta ingeniería. Fue recién en el siglo IV que Constantino señaló el principio de la decadencia de Ostia al quitarle sus prerrogativas municipales otorgándole las mismas a Porto cuyo nombre cambió por el de "Civitas Costantiniana".

Con el Imperio cae Ostia; en el siglo VI se encuentra ya completamente abandonada. El paludismo al alejar los escasos habitantes refugiados en las ruinas de casas y edificios públicos, completa la obra de desolación. Durante la Edad Media algún Papa intenta resucitar la ciudad muerta, mas el éxito no acompaña ninguno de esos proyectos.

La ciudad, sin autoridades ni habitantes fue espléndida cantera de materiales de construcción puesta a merced del primer allegado. Sus mármoles, piedras, bronces, sus estatuas, sus ornamentos, fueron llevados a grandes distancias para su utilización o allí mismo se les convirtió en cal.

Pisa construyó algunos de sus monumentos, el Duomo por ejemplo, con los mármoles sacados de Ostia. Varios hornos para la fabricación de cal con la riqueza de sus mármoles, se ven todavía —desde luego que siglos ha, inactivos— por la ciudad muerta. Junto a uno de estos hornos se encontró un soberbio torso de Augusto salvado de ser convertido en cal por su tamaño —ya que no por su belleza— pues sus dimensiones no permitieron su paso por la boca del horno.

El testimonio más interesante que sin duda alguna nos da Ostia, es el de la casa habitación colectiva. Aquí podemos ver cómo era la casa del pueblo y de la clase media de Roma, casa que en su múltiple variedad, adaptándose a las necesidades funcionales del medio y de sus habitantes, desarrollan el clásico edificio de varias plantas (3 y 4 pisos, 16 metros, pues las leyes romanas no permitían más altura) con iluminación externa por el frente abierto hacia la calle e interna por las aberturas que dan a patios interiores. Tal sistema de edificación fue creído durante mucho tiempo, invención del Renacimiento, pudiéndose hoy comprobar en Ostia cuán amplio desarrollo tuvo en época romana.

Porto, también completamente abandonada desde el siglo VI, se pierde en siglos de silencio sin merecer tentativa alguna de restauración: hoy día sus ruinas se encuentran en terrenos de propiedad privada y no han sido aún excavadas sistemáticamente; sólo el gran estanque exagonal de Trajano ha sido vaciado de la tierra y arenas que lo colmaban volviendo hoy las aguas, que lo transforman en apacible lago, a reflejar los altos cielos del Lacio y a rizar su espejo con los mismos vientos que hincharan las velas de las naves de Eneas.

Luis BAUSERO.

(Especial para EL DIA).



...que se abría en el gran mercado de la ciudad; el mercado contaba con dos puestos ...ente para la venta de pescados y mariscos.



Ostia — Museo Ostiense. Maqueta del puerto de Claudio y de Trajano que nos permite dar una idea del carácter de gran estación marítima que poseía el gran puerto de Roma.

El contraste entre lo nuevo y lo viejo en el centro comercial de la ciudad de México. En primer término, el rascacielos de 43 pisos de la compañía Latino Americana. Inmediatamente, a la derecha, el Palacio de Bellas Artes, proyectado a principios de siglo. Arriba y al fondo, iglesias y edificios de los siglos XVII y XVIII.

LA ARQUITECTURA MEXICANA

LA actual arquitectura mexicana, fruto de madurez en la cultura de este país, es consecuencia de la revolución y de la lucha artística que iniciaron los arquitectos hace cerca de treinta años contra el academismo, el tradicionalismo mal entendido y la falsedad que caracterizaron, en México como en todo el mundo, los útlimos años del siglo pasado y los primeros de éste.

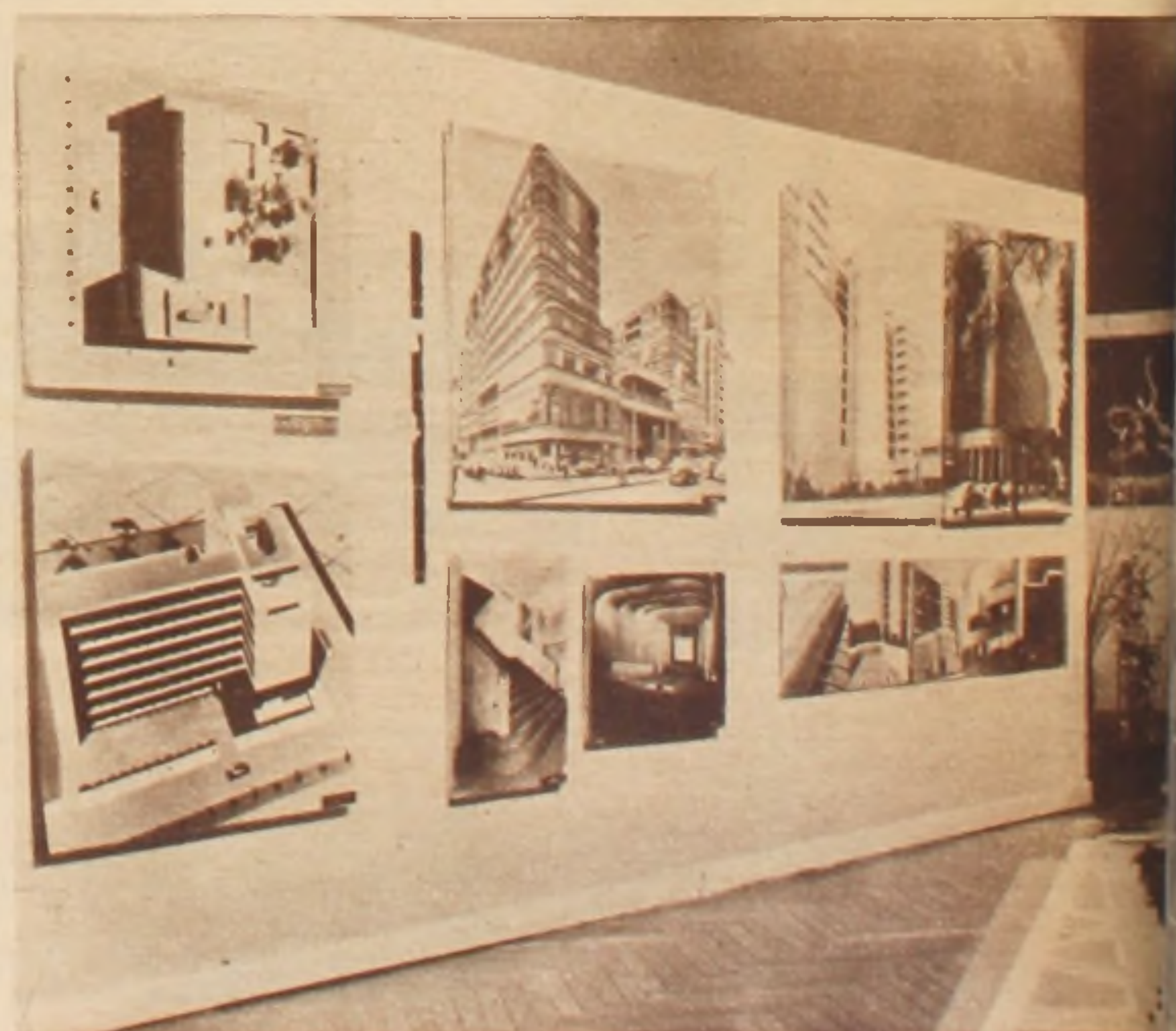
Hace cincuenta años el arte y la cultura en México eran franceses y académicos. Nuestro país era claramente una colonia cultural de Francia, una vez que había dejado de serlo de España, y nuestra arquitectura expresaba claramente esa situación. Recuérdese el aspecto de las zonas residenciales y de los edificios públicos levantados en la época del porfirismo: techumbres en "mansarda" (en un país que no conoce la nieve), grandes formas decorativas académicas; columnatas y arquerías; balaustradas, cornisas; escalinatas y entablamentos: toda la retórica de los estilos consagrados ocultando el vacío espiritual de una época de decadencia.

Evidentemente corresponde a los precursores e iniciadores de la pintura mural la revolución de valores y de tendencias que harían posible la ruptura con el academismo. Sin Orozco ni el Dr. Atl ni Diego Rivera, habría sido imposible que los artistas mexicanos despertasen a la realidad de los nuevos años que venían. Y sin el clima social y económico tan súbitamente originado en todo el país por la revolución política que se inició en 1910, habría sido imposible también transformar el cómodo convencionalismo de un arte de receta por los problemas de búsqueda, de invención y de expresión auténtica que se plantean en todo trabajo verdaderamente artístico.

Nuestros pintores murales dieron el grito de alarma y el primer paso hacia el futuro allá por 1920, casi al mismo tiempo los poetas y escritores de vanguardia se lanzaban con López Velarde a la creación de una verdadera literatura mexicana moderna. Siguen los músicos con Chávez y Revueltas. Y hacia 1925 y 30 el movimiento renovador cunde en la arquitectura para iniciarse el cuarto de siglo de investigación y de hallazgo que estamos viendo consolidarse en estos años.

Seguramente la historia de México en este particular coincide a grandes rasgos con





Aspectos de una Exposición de Arquitectura Mexicana Contemporá

la de cualquier otro país de Europa o de América. En todos ellos terminó el siglo pasado y se abrió éste entre las fórmulas de cortesía y las recetas inamovibles del arte académico. En todos ellos la arquitectura llegó a ser falsa y convencional como consecuencia de la copia reiterada y mecánica de los modelos del pasado convertidos en paradigmas indiscutibles. Y en todos esos países y en el nuestro fue necesaria una revolución artística (que entre nosotros coincidió con una revolución política) para permitir que la juventud, la vitalidad y la ambiciosa verdad de las nuevas ideas se abriesen paso entre el maquillaje de yeso y cartón pintado de los palacios y monumentos del antiguo régimen.

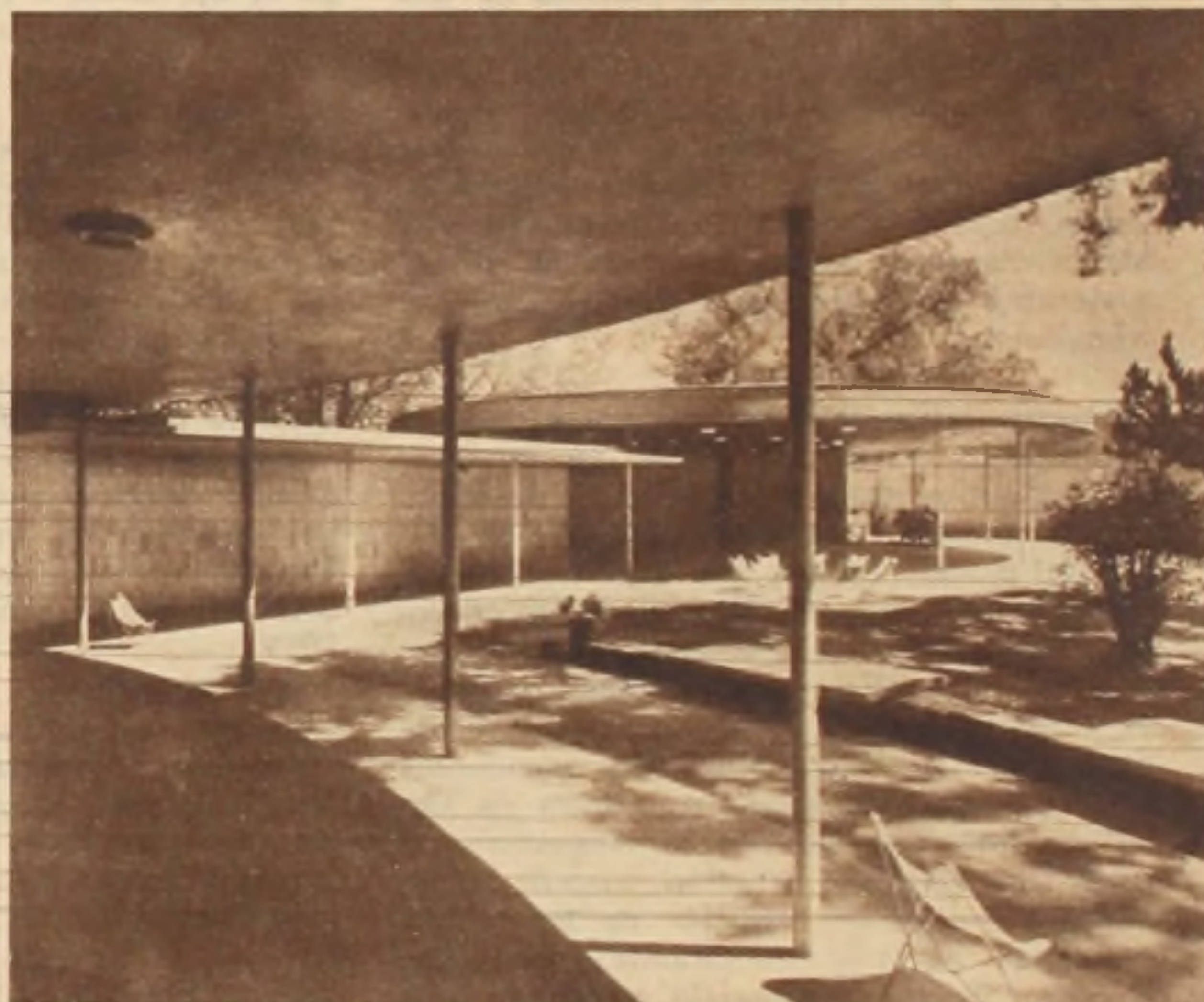
Es preciso aclarar desde luego que este desprenderse del academismo francés, y esta definitiva liberación del ampuloso barroquismo español, consistió en realidad, un tanto paradójicamente, en un retorno al orden y a la claridad. La gran doctrina de arquitectura contemporánea que seguimos hoy los arquitectos de México reconoce su origen en la clara e inteligente visión de los grandes maestros europeos que se levantaron a su vez espiritualmente en armas (y en contra de una gran tradición) hace ya más de cuarenta años. Fueron esos poderosos revolucionarios; esos Le Corbusier, Breuer, Gropius, Markelius, Van Der Rohe, Richard Neutra y otros muchos; esos heroicos combatientes de la inteligencia, lo que crearon, contra la oposición de todo el mundo, los primeros y arriesgados ejemplos de lo que hoy es la universalmente aceptada arquitectura contemporánea. México se asomó en su oportunidad a ese gran ejemplo una vez que nuestro clima social y político lo hizo posible: aprendió esa lección y la incorporó a su propia sensibilidad, a su clima y su paisaje; a su gente, su economía y su geografía, y produjo así una arquitectura propia.

Que en la anterior afirmación no haya ningún mal entendimiento. Este asunto de una arquitectura "propia", y del nacionalismo, es muy delicado. No queremos decir en absoluto que una arquitectura mexicana actual deba continuar o expresar tradiciones artísticas de nuestro pasado próximo o lejano. No queremos decir que pretendamos inspirarnos en ejemplos españoles o precortesianos que pertenecen a épocas de cuyo olvido y absoluta liquidación debemos sentirnos orgullosos. Los arquitectos verdaderamente modernos entendemos la tradición en un sentido estrictamente histórico cultural, es decir, como documento de un pasado, pero de ninguna manera como ejemplo para el presente y para el futuro y, mucho menos aún, como repertorio de temas de soluciones concretas para reproducir o adaptar a nuestros problemas. Y frente a un pretendido retorno a las formas más externas de nuestro múltiple y misterioso pasado precortesiano, el autor de estas líneas se siente con derecho, y aprovechando la amable hospitalidad que se le brinda a expresar una vez más su opinión personal en el sentido de que ese pasado, aun suponiéndolo único y uniforme, *no representa una tradición*, puesto que ha llegado hasta nosotros solamente como documento arqueológico y no como el ejercicio cotidiano y reiterado de una costumbre cultural. Es cierto que el repertorio de formas del pasado tolteca, por ejemplo, puede coincidir eventualmente en la exterioridad de sus formas con el rigor, la seriedad y el ascetismo plástico que caracteriza frecuentemente a la arquitectura moderna, pero implicar una continuidad de propósito o de voluntad artística es desconocer en absoluto la diferente esencia histórico-cultural que alienta detrás de unos y otros sistemas de concepción formal.



El conjunto multifamiliar "Presidente Juárez", obra de los arquitectos Salvador Ortega Flores y Mario Pani. Nótese el contraste con una vieja escuela colonialista construída en 1925, y con el menudo caos arquitectónico de los alrededores.





Guardería infantil en el conjunto multifamiliar "Presidente Juárez", obra del arquitecto Salvador Ortega Flores.

Lo anterior no es obstáculo para que exista ya una verdadera arquitectura mexicana moderna. Ya en algún artículo anterior he dicho que esa arquitectura es mexicana, no por inspirarse en alguno de los pasados que nos pertenecen, o que se supone que nos pertenecen, sino por estar realizada por arquitectos mexicanos identificados en la realidad de nuestro país y al servicio de ella misma. Pero afortunadamente no es una arquitectura mexicanista con un sentido turístico y rapsódico de mal gusto (como ocurre tan desdichadamente con el cine nacional) sino una arquitectura de contenido y de doctrina eminentemente occidental, cuyos principios encuentran su fundamento en la cultura y en la filosofía de Occidente. Así, su mexicanidad es consecuencia precisamente de las posibilidades de adaptación que tiene toda filosofía general para los casos particulares, y en ese sentido, México, como cualquier país, es no solamente un caso particular sino muchedumbre de casos particulares a todos los cuales debe la arquitectura adaptarse si ha de ser algo más que un experimento formalista con temas antiguos o modernos.

Ojalá que esta arquitectura no olvide la lección y siga siendo siempre moderna, y lo sea cada día más. Ojalá que al mismo tiempo que sea consciente del irremisible fluir del tiempo, lo sea también de la intemporal y universal validez de los principios filosóficos en que se asienta. Y ojalá también que nuestra arquitectura sea cada día más mexicana por compenetrarse cada día más de las realidades materiales y espirituales, económicas y artísticas de este complejo y maravilloso país.

Arq. Mauricio GOMEZ MAYORGA.

México, 1956.

(Especial para EL DIA).





...ebrada recientemente en el Palacio de Bellas Artes.



Patio español del edificio de la Administración. La foto data de algunos anos. Hoy lo cubre el frondoso follaje de grandes árboles: un exótico alcanforero, entre ello.

FORTALEZA DE SANTA TERESA

Viejos Libros de la Capilla

BAJO la celosa vigilancia de su párroco don Aquiles Sención, se conservan en la Iglesia de Nuestra Señora de los Remedios de Rocha los Libros de Bautismos y de Defunciones de la Capilla de la Fortaleza de Santa Teresa.

Sus inscripciones abarcan un período de más de cincuenta años, desde el 1777 hasta los primeros de la vida institucional de nuestro país. En 1832 aparecen trasladados al Libro de Bautismos, los efectuados en la Capilla de Santa Teresa, por su capellán fray Manuel Herrera, en los últimos años. Se trata de baustismos correspondientes al 31 y 32 cuyo asiento efectúa en Rocha, el cura Manuel Riverós.

Comandaba la Fortaleza en esos tiempos el Coronel Pablo Pérez quien en 1811, siendo capitán de la caballería patriota de don Manuel Francisco Artigas, es destacado por su jefe hasta Rocha y Santa Teresa, para recoger las partidas de criollos que respondían enardecidas al verbo de la revolución.

Con la inscripción de Marcos Florentino Ojeda, hijo de los indios Simón Ojeda y María Cabrera, correspondiente al 30 de noviembre de 1831, se cierra el libro de referencias.

Nuestro afán de investigar en el pasado de nuestras cosas, nos puso en contacto con los viejos libros de la Capilla de Santa Teresa, gracias a la actitud amplia y cordial del párroco citado, don Aquiles Sención.

Y, sin duda que en sus páginas amarillentas, de escritura a veces desvaída, hallamos el perfume arcaico de los tiempos coloniales y sentimos algo así como el paso de la historia de nuestro suelo: Las estridentes clarinadas de las victoriosas tropas de Cevallos desembocando por la Angostura, al viento el glorioso pabellón castellano; el animado y penoso transitar de las tropas que siguen hacia el Río Grande y se alejan de Santa Teresa viboreando por la llanada inhospitalaria de temibles bañados cenagosos; el laborar interminable en las obras de fortificación con el permanente trasiego de maestranza y el concurso de indios sufridos y de presidiarios; el chirriar doliente y cansino de las carretas en extensos convoyes, llegando por los pesados caminos arenosos de la Angostura, por los que se recibían indistintamente víveres, pertrechos de guerra; el bizcocho para las tropas; el carbón y la cal procedentes de los hornos de Don Carlos y Maldonado para las obras del servicio del Rey; la mercadería que en arcas, talegas y barricas conducían los vivanderos para las guarniciones y vecindarios... La llegada febril y afanosa de parque en vísperas de la gloriosa campaña; la de los prisioneros de Chuy y Río Grande, que esperaran dentro de los muros de Santa Teresa el momento de su transporte hasta Maldonado, Buenos Aires y la Colonia; el almacenaje extraordinario del copioso y rico botín recogido en la campaña del Río Grande por Cevallos, minuciosamente detallado e inventariado en tantos papeles que documentan la ordenada y severa administración del Capitán General.

Otras veces, el otear permanente de las centinelas en lo alto de las almenadas murallas y el brusco alerta de las guardias ante el menor signo de peligro; el ir y venir de los chasqueros y correos —sufridos centauros de todo tiempo— que conducidos prestamente a presencia del Comandante, entregaban o recibían de él los partes y correspondencia que allí cambiaban de mano, fueran destinados al Río Grande, a Maldonado o a los remotos territorios de Montevideo, la Colonia o Buenos Aires. Otras, la partida sigilosa de dragones, —finalizando el siglo XVIII de blandengues— destinados a c'rir los puntos hábiles de la frontera para el comercio ilícito, por terrenos donde la astucia y baquía del contrabandista superaba la destreza de los milicianos; después la conducción de los contrabandos apresados y la intervención del estanquero de tabacos residente en Santa Teresa, cuando el comiso pertenecía a este género. y siempre que estos aconteceres y otros no conmovieran momentáneamente la vida de la guarnición y de los vecinos del nuevo caserío, la pesada monotonía de los días sin inquietudes ni zozobras; la rutina del servicio y añorar permanente de las guarniciones la animación de otras poblaciones tan distantes...

Por último, la entrada por el Este del Brigadier portugués Márquez conduciendo las fuerzas aliadas de España, para sofocar la rebelión triunfante de los patriotas; luego el oprobioso armisticio de la Junta Revolucionaria y la gloria del Exodo en el que forma —quizás el primero— el vecindario de Santa Teresa, dejando exangüe para siempre la nueva población.

A partir de 1811 decrece notablemente el movimiento de ambos libros, confirmándose con ello lo que acabamos de expresar.

Alcanzan a veinticuatro el número de capellanes que registra el Libro de Bautismos. Primero la serie de españoles que se inicia con Patricio Ramos en 1775 finalizando con Ramón Mera a principios del 1811; luego los portugueses: en primer término José Vicente Alz'da Cruz de la Legiao de Rio Grande (1812) hasta Roberto da Silva en 1825.

Con el número 112 está registrado el bautismo de Francisco de los Santos, el emisario del General Artigas en 1820 ante Lavalleja que sufre cautiverio en las Islas Das Cobras. Dice así la inscripción: "El veinte y nueve de Henero de mil setecientos ochenta y ocho yo Fr. Juan Thomás Churruca Cappn. de esta Fortaleza de Santa Teresa Baptizé solemnemte puse óleo y chrisma a Francº de los Santos hijo legítimo de Migl de los Santos y de Francª ambos indios guaraníes. Fueron Padrinos Vizte Molina soldado del Fixo, y Ana Machado su Mujer a qs previne el parentesco espiritual y demás obligaciones contraídas y paqe conste lo firmé en dho. Mes y año. Fr. Juan Thomas Churruca".

En la foja 63v. hallamos la partida correspondiente a *Francisco José Solano Villagrán*, hijo de Marcelino, hermano de Rosalía la esposa y prima hermana de Artigas.

En la partida extendida por Fr. Justo Arboleya el 28 de julio de 1802, no consta la actividad o profesión del padre —por cuyo motivo presumimos que no era militar puesto que en tal caso nunca se omitía— y figuran como abuelos paternos don José Villagrán y doña Francisca Artigas.
tigas.

En los años 1801 y 1802 nacen Laureano José María y Ramona Casiana, hijos del Capitán de Infantería y Comandante de Santa Teresa don Agustín de la Roza, natural de Barcelona, y de doña Mercedes Sarratea, descendiente ésta de don Martín de Sarratea y doña Tomasa Altolaguirre del patriciado de la otra Banda.

En la inscripción, también extendida por Fr. Augusto Arboleya, figura como abuelo paterno el que fuera Gobernador de Montevideo, don Agustín de la Roza Queipo del Llano, famoso por la mala administración de su gobernación.

Son numerosísimas las inscripciones de bautismos de hijos de esclavos, de esclavos y adultos infieles.

"En seis de Ortue de 1786 Bautizé solemnemte puse óleo, y xma. a Jph. Bruno, negro, adulto, de edad de diez y seis as Esclavo de Dn. Francº Maroñas..."

El 1° de enero de 1778 don Francisco Maroñas apadrina al adulto infiel Raphael Lieco, a quien se bautiza en dicho día juntamente con otros veintitrés adultos infieles.

Nos hemos encontrado a menudo con el nombre de don Francisco Maroñas, al recorrer documentos relacionados con Santa Teresa y aún, los relativos a la entrada de carretas a Montevideo.

Figura don Francisco Maroñas como apoderado de los trabajadores de las obras de fortificación de la Fortaleza y del propio Ingo. de ellas, don Bernardo Lecoq, para recibir —en su representación— en Montevideo, las partidas que les adeuda la Real Hacienda. Cuando el referido Ingo. Lecoq pasa en 1778 por orden de Cevallos con los ocho obreros de referencia a reedificar el Fuerte de Santa Tecla, Francisco Maroñas les adelanta 1.500 pesos, que posteriormente hace efectivos en Montevideo.

Se trata de "un vecino del pueblo nuevo de Santa Teresa" que desempeña en el lugar, un cargo dependiente del Real Estanco de Tabacos y como tal debe realizar frecuentes viajes entre aquel punto y Montevideo. Aprovechando la oportunidad de tan dilatado y penoso recorrido, lleva a la capital desde Santa Teresa carros cargados con productos de su pertenencia y conduce de regreso vestuario y herramientas para aquellos destinos.

En el *Registro de entrada de cueros* por el Portón de Montevideo del año 1778 se anota: "15 de mayo —Maroñas-Martínez— Entraron dos carros de cueros de Santa Teresa, pertenecientes a don Francisco Maroñas y descargaron en casa de don Juan Ignacio Martínez, junto al muelle".

Fray Pedro Bartholomé bautiza a Cecilia hija de don F. Maroñas en noviembre de 1777.

Posteriormente este vecino de Santa Teresa se domicilia en Montevideo, ignoramos si definitivamente.

Por los años 1791 al 1802 hallamos inscripciones correspondientes al bautismo de varios hijos de don Cristóbal San Martín, Cirujano en esos años de Santa Teresa. También la de hijos de esclavos suyos. Como San Martín es apellido de arraigo en aquella localidad, bien podría ser don Cristóbal —que dejó tanta descendencia— un antecesor de quienes llevan hoy allí aquel patronímico.

En el año 1804 tiene lugar un hecho extraordinario según lo consigna el Libro de Bautismos.

"Santa Visita. En la Fortaleza de Santa Teresa a dos días del mes de setiembre del año mil ochocientos cuatro; el Ilmo. Sr. Dr. Benito de Lue y Riega, por la Gracia de Dios y de la Sta. Sede Apostólica, Obispo de la Suma Trinidad Puerto de Santa María de Buenos Ayres, y su Obispado, del Consejo de S. M. y Teniente Vicario General Castrense de los Reales Exércitos y Armadas, continuando su Sta. y Gral. Visita, la hizo especial de la Capilla sita dentro de esta Fortaleza, del Santísimo Sacramento, Santos Oleos, Vasos Sagrados, Ornamentos, y demás perteneciente al culto, como asimismo de este Libro de Bautizados; y después del competente examen..."

Terminando transcribiremos sin comentarios —pues éstos los libramos al lector— dos defunciones consignadas en el Libro respectivo: la de Teresa Correa y la del moreno Andrés Rodríguez, haciendo constar que son nuestros los subrayados.

"TERESA CORREA española. En diez de abril de dho. año (1802): enterré en la Iglesia de esta Fortaleza a Teresa hija del Teniente de Milicias don José Correa y de doña Antonia Machado: fue bautizada *pr la Comadre de paris*, por no haber *en aquel desierto* otra *persona inteligente* la cual se llama Escolástica de Silva. Fueron testigos don Miguel Urrutia y doña Ramona Arzuaga y don Vicente Pérez, y por ser verdad lo firmé en dho. día, mes, y año, de que doy fé. Fr. Justo Arboleya".

"ANDRES RODRIGUEZ. En 7 de julio de 1790 años se enterró en el campo Santo de esta fortaleza Andrés Rodríguez, mulato y *natural de la muy leal y magnífica Ciudad de Córdoba del Tucumán*, siendo este mencionado mulato en sola la color, y capataz: carpintero maior del Rey, y esta Fortaleza *con sueldo de veinte mensuales pesos más qe el capellán qe tiene 15 solamente* tendría la edad de 90 años *lo digo pr qe cuando a los negros les sale canas son demasiado viejos;* administrele los santos, y admirables SStos. se le dixo misa de cuerpo presente po... y paqe conste los doy firmado en el dho. día mes y año arriba dibujado como lo puede ver el curioso lector. Fray Blas José Martínez.

Cura y Vicº y actual capellán castrense *aunque no pr mi voluntad Vale.*"

Atilio CASSINELLI.

Marzo de 1957.
(Especial para EL DIA).

(Las fotografías que publicamos nos fueron cedidas por el señor Rodolfo Pereira para esta colaboración).



Fortaleza de Santa Teresa.



La actriz Amelia Sánchez Ariño, y la intérprete señorita María Luisa Aguerre, en el acto recordatorio del dramaturgo Hartzenbusch, organizado por el conjunto "Serafín y Joaquín Alvarez Quintero".

Durante las Jornadas Interamericanas de Poesía, en Piriápolis, escuchan sentados: Pedro Montero López, Adela Tarrat, Mariano Olivera Ubios, Amelia Biagoni, Eugenio Relgis. De pie: Osiris Chierico, Romeo Fiore, Walter González Penelas, Córdoba Iturburu, Atilio Castelpoggi, Carlos Mastronardi, Enrique Casaravilla Lemos.



INFORMACION GRAFICA



En Atlántida se desarrolló el acto de aprobación de los planos para la construcción del edificio escolar donado por el señor José Roger Balet en compañía de su esposa Dresde Rossi.



Los primeros alumnos de Destacamentos Móviles de Instrucción de la Fuerza Aérea, fueron graduados como especialistas en motores, armamentos y electricidad de aviones, en una interesante ceremonia realizada en la Aeronáutica Nº 1.



La Comisión Honoraria para la Lucha Antituberculosa, hace entrega al Ministerio de Salud Pública del nuevo edificio para la Casa Maternal.



PAISAJE BOLIVIANO

EL TROPICO

A espaldas de las grandes montañas, miles de metros abajo de la meseta del altiplano, y después de pasar por lagunas altísimas que duermen al pie de los nevados, envueltas casi siempre en fantásticas nieblas arremolinadas en grandes masas, se tienden los trópicos del departamento de La Paz.

En estas regiones, los ríos encajonados y violentos que se precipitan de la cordillera, se convierten en poderosos y navegables; las playas se ensanchan y los exacerbados levantamientos topográficos de la serranía, se aplacan en ondulaciones que van decreciendo. Es el comienzo de las grandes llanuras del oriente boliviano.

La fauna, la flora y la gea en estas regiones alcanzan una categoría diferente hasta convertirse en la extraña mitología de la fortuna. El oro que arrastran los ríos, la quina y la goma que ocultan los bosques, las pieles y plumas de criaturas fabulosas, son el señuelo de este nuevo país de la ilusión.

Los buscadores de riquezas, los aventureros redivivos y audaces, imaginan hallar en el fondo de los ríos, hondos bolsones en los que se amontonan gruesos huevos de oro; sueñan en el árbol de la quina de follajes y frutos coruscantes como piedras preciosas. Tras de las montañas, más allá del celaje naranja, del otro lado de la realidad, están, para los buscadores de riquezas, los trópicos misteriosos, el territorio de la esperanza y la muerte.

Y, no es que sueñan los soñadores, no es que vagan por un mundo onírico; la realidad pone en las manos de los audaces, los sueños tangibles, la quimera hecha carne. Hasta los niños del caserío levantado en el trópico, tienen entre sus menudos juguetes de bárbara estructura, planchuelas y gruesos granos del oro que duerme entre las arenas de los ríos turbulentos de la cordillera. Las mujeres esbeltas y de piel dorada como la canela, adornan sus redondos y largos cuellos con collares de aromática siyaya —una raíz o corteza de árbol silvestre—, ensartados con trozos de oro y nácares de fulgores estelares. Todos los habitantes de estas regiones han llegado a mirar con cierta indiferencia el oro ardiente y pesado que arrastra el agua de los ríos desde el corazón berroqueño de los Andes. La población de Mapiri además de poseer sus yacimientos del metal codiciado, tiene en sus bosques embrujados, diversidad de maderas preciosas. Existen dilatados bosques en los que medra el grácil arbusto del que el indio Callisaya extrajo los sumos amargos y salutíferos con los que recuperó de la fiebre maligna e intermitente, la famosa condesa de Chinchon, virreina del Perú.

El árbol de la goma, corpulento y elevado se enseñorea en los vírgenes bosques de San Buenaventura de la provincia de Iturralde.

En las playas de los anchos ríos que forman impenetrables "igarapes" o pantanos, las garzas de blancura polar y sus hermanas que parecen sonrosadas por el amanecer, en ciertas épocas del año, dejan sus valiosas plumas, que los aborígenes recogen ávidamente. Los felinos elásticos, de pieles maravillosamente manchadas de lunas de oro y anillos negros, asechan en la penumbra de los follajes y son abatidos por el certero disparo del cazador moreno y avezado. En los viejos y lentos ríos de aguas tornasoladas, también los caimanes, que parecen tallados en piedra jade, se desangran aparatosamente con el grueso anzuelo clavado en el pecho córneo.

En estas tierras purpúreas de sol, glaucas y diáfanas por los follajes, incógnitas y atrayentes, la vida humana es una milagrosa embriaguez de audacia y esperanza.

Guillermo VISCARRA FABRE.

(Especial para EL DIA).



TRIGO Y VIENTO EN LA ALTURA

SOPLA el viento en la altura y mece mansamente el trigal, lo mece con especial caricia llena de ternura, como si fuera besando la blonda melena de un niño dormido... El viento dejó su canto triste, su angustiada queja de pajonal que dará vida al yaraví, allá donde la niebla viste de gasa húmeda y temblante el áspero paisaje y el ave real tiene nido al que humana mano no ha de llegar jamás... Se dulcifica el viento al descender desde el coloquio eterno de la altura con las nubes y llega al campo de trigo meciéndolo dulcemente...

El trigo vino de Europa, pero se acriolló en tierras de América y fue pronto su habitante más encariñado con el suelo nuestro. Siempre tuve meditación sobre el motivo que indujo al indio de la región cañari, tan rebelde y resistente incluso al dominio del incario, para apropiarse del extranjero rubio alimento, haciéndolo suyo en breve tiempo, cultivándolo con especial esmero y creando hasta fiesta especial al amor de su cosecha. Sólo una explicación hondamente psicológica me fue dado hallar: no es que el valor esencialmente alimenticio del trigo haya conquistado el corazón indígena, puesto que es y seguirá siendo el maíz su alimento preferido y fuerte. Lo que influyó e influye en ese intenso amor es el recuerdo latente de la dorada edad, de los ritos solares, de las danzas sagradas de las sacerdotisas ante el astro que se levantaba brillante y hermoso y cada tarde, como el mismo indio dijera al asombrado hispano, "solamente se acuesta y descansa para levantarse más brillante"... El campo de trigo en sazón ofrece la visión casi beatífica de aquella edad perdida en la conquista, no solamente que simboliza al sol, sino que parece siembra que del sol hizo el indio para la fructificación en los millones de soles de las espigas doradas... El trigal bajo la luz del mediodía, en las alturas del Cañar, brilla con brillo especial y se mece en brazos del viento enamorado...

Este mismo recuerdo, que no desaparece de la mente indígena jamás, ha creado en el indio cañari el afán de consagrar la cosecha del trigo como rito muy suyo. Canto y danza, palabra cantada y música que incita al ritmo de muy antiguo origen, dan a la cosecha un carácter bellamente artístico y sagrado. Para nada interviene el elemento del conquistador en esta fiesta de hondo sabor indígena: todo es íntima y profundamente encontrado en la tierra nuestra, todo está enraizado en la tradición más antigua y respetable, y si bien el trigo, objeto de la simbólica fiesta, es relativamente nuevo para el indio, no lo es el rito de antigüedad que se pierde en las edades y que la memoria no encuentra en los dédalos del pretérito. La fiesta dorada puede llamarse ésta en que el cañari recoge el dorado fruto que tan bellamente recuerda el culto solar y que, como el astro divino, brilla en la altura maravillosamente...

El blanco incomprensivo mira en esta fiesta indígena un simple motivo de esparcimiento en medio de la sumergida meditación de la raza americana, pero la verdad es muy otra: los templos desaparecieron, las religiones primitivas se borraron, pero la memoria del indio conserva viva la tradición y hace del campo de trigo templo magnífico para seguir adorando al sol...

Rigoberto CORDERO Y LEON.
Cuenca, Ecuador.
(Especial para EL DIA).



Fiesta típica en la población del Cañar. (Ecuador).

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

BALDAR, REY DE LOS VIKINGS, HABÍA ORDENADO UNA EXPEDICIÓN CON EL FIN DE BUSCAR UNA VICTIMA PARA UN SACRIFICIO A OFRECER A UN MISTERIOSO TERROR LLAMADO FENRIS...



MIENTRAS TANTO, TARZÁN DE LOS MONOS EXPLORABA LOS ÚLTIMOS CONFINES DE LA SELVA, DESCONOCIENDO QUE ERA GUIADO POR EL DESTINO...











-1320